



Extracto de Literatura

SEMANARIO DOSIMÉTRICO ILUSTRADO.

SOFÍA CASANOVA



ESCRITO
por
Director,
Enrique Labarta

POR
VARIOS
GALLEGOS
DE
BUEN
HUMOR

Sobre su rúbia cabeza
batió sus alas el Génio
y en su frente nacarada
posó sus labios de fuego:
arde el sol en sus pupilas
y en sus magníficos versos
se vé un corazón tan grande
cuanto es rico su talento,
que á la par de los aplausos
arrebata los afectos.

Aunque la llevó el destino,
por nuestra desgracia, léjos,
rindiendo culto á la pátria,
vive aquí su pensamiento.

FILOMENA DATO MURUAIS.

Santiago 23 de Septiembre de 1893.

NÚMERO SUELTO, 15 CENTIMOS

A LOS LECTORES

Por motivos de salud, hace ya meses que Enrique Labarta abandonó el «Extracto de Literatura» pasando á manos de Torcuato Ulloa, el cual, ante la imposibilidad de consagrar á lo sucesivo á esta revista toda la atención y cuidado que su índole demanda, deja la dirección de ella después de haber rogado al celebrado poeta gallego, por fortuna un tanto mejorado yá, que de nuevo se ponga al frente de la publicación.

Por consecuencia, Labarta mañana será otra vez el Director y propietario del «Extracto de Literatura», y Ulloa hoy se despide con el presente número, reconocidísimo al favor del público y prometiéndole á los colaboradores que galantemente le prestaron su importante apoyo y á los corresponsales que benévolos le ayudaron eficazmente, enviarles en particular el testimonio de su gratitud mas sincera é intensamente sentida.

SUMARIO:

TEXTO.—*Sofía Casanova*. (Semblanza), por Filomena Dato Muruais.—*A los lectores*.—*El Doctor Wolski*. (Páginas de Polonia y Rusia), por Sofía Casanova.—*Ondas muertas*, por Manuel Gutiérrez Nájera.—*El despertar de Consuelo*, por José Miralles y González.—*A una rosa*, por Gerardo Alvarez Limeses.—

Don Saturnino, por Alfonso Rodríguez Rouco.—*Las flores de boda*, por Renato Ulloa.—Anuncios.

GRABADOS.—*Retrato de doña Sofía Casanova*; fotografado de Juarizti y Mariezcurrena (de fotografía directa).—Ilustraciones.—Viñetas.

EL DOCTOR WOLSKI *

Páginas de Polonia y Rusia

(FRAGMENTO DEL CAPÍTULO XV)

LEGADOS todos á la casa, en tanto que doña Isabel entróse á dar órdenes domésticas y D. Juan y su amiga fuéronse á la sala á leer los periódicos polacos que se recibían á aquella hora, Gelcha, de pié en la *veranda* reclinó con descuido su cabeza en una de las columnas que del balconcillo subían en busca del techo que parecían soportar, rodeola con uno de sus brazos y con la mirada fija en las espesuras del bosque, quedóse inmóvil y pensativa.

En el dintel de la puerta que estaba en el fondo de la *veranda* y daba acceso á una antesalita y á las habitaciones, á pocos pasos de la muchacha, detúvose á contemplarla el doctor Wolski.

En aquella postura de cariátide acusábase el perfil entero de Gelcha en toda su plástica hermosura. La cabeza ornada de magníficos cabellos negros enroscados en la nuca sin coquetería; el gracioso cuello, el vivo rojo de la boca, y la sonrosada y diminuta oreja; el ancho seno que un justillo sostenía sin oprimir y que la respiración agitaba mansamente dando á los encages que adornaban la blusa de batista, movimiento y ondulaciones como de níveas alas de paloma, las caderas ámplias bajo el talle, y la firme delineación de la pierna que el traje permitía adivinar, fijaron la mirada escudriñadora de Henrik.

Como médico, como conocedor de cuantos trastornos fisiológicos hacen del organismo humano una armazón de huesos que los músculos y los tejidos se niegan á sostener, y caen cual desengranadas piezas de máquina inservible; como hombre acostumbrado á ver tantos cuerpos lácidos y moribundos, fijaba su atención el cuerpo de aquella jóven, sano, palpitante de energías vitales, centro de una vida perfectamente equilibrada, que era para sus ojos, fatigados de descubrir miserias y miserias, espectáculo nuevo, apetecido y grato... Casi un reposo de sus pupilas...

Como fisiólogo, le interesaba aquella organización en la que su mirada experta descubría los tesoros de una juventud admirablemente sana, y complaciase examinando con el pensamiento á través de los tejidos y los músculos—que para la mirada del hombre de ciencia eran como transparentes en aquel instante—los órganos motores de la vida, activos y potentes; y seguía con la imaginación el complicadísimo curso de la sangre, la cual, como madre cariñosa que tiene muchos hijos que alimentar,

(*) Merced á la bondad de la notable escritora Sofia Casanova, honramos hoy las páginas del EXTRACTO DE LITERATURA con una hermosa muestra de la novela *El Doctor Wolski* que nuestra distinguida paisana ha escrito en Rusia y conserva inédita.

Deferencia tan honrosa satisfácenos en alto grado y nos obliga á profundo reconocimiento.—N. del D.

con igual solícitud enviaba sus calientes oleadas al cerebro, sagrario de las ideas, que á los piés esclavos cargados con nuestro cuerpo.

Wolski, partidario fervoroso de la regeneración física del hombre, consideraba á aquella mujer como un curioso ejemplar de la especie humana.

El sabía por experiencia que entre las jóvenes de los grandes centros de población apenas una por ciento se halla en condiciones favorables de ser madre...

El veía pasar por su memoria un sinnúmero de adolescentes flácidas, anémicas, sin vigor, prensadas en los corsés que son una barrera puesta al desarrollo en la pubertad, y el grillete del sistema venoso...

Y viendo desfilan por su memoria la legión de adolescentes cuya miseria fisiológica aumenta una educación absurda y un género de vida irrazonable y perturbador, el médico comparaba con aquellos cuerpecillos linfáticos y débiles, el cuerpo robusto de la joven que allí, á dos pasos de él, veía con el torso apoyado en el balconcillo de la *veranda*, la cabeza apoyada en la columna y el brazo rodeando la cabeza...

Aquellas caderas bien formadas prometían fecundidad. Los senos, que Wolski veía palpitantes bajo la batista de la blusa, por lo esféricos y lo turgentes parecían esperar la boquita rosada que en ellos había de beber ansiosamente la vida, y contemplando, contemplando absorto el busto, los brazos, el cuerpo perfectísimo de la joven, el Doctor bendecía á la pródiga madre Naturaleza que tan sabiamente había modelado aquel cuerpo digno de la maternidad...

A este discurrir del fisiólogo y del innovador enredáronse otras ideas. Recordó su conversación de aquella tarde con la joven, conversación en la cual poníase de manifiesto su alma bondadosa y tierna. Recordó la repentina turbación de la muchacha, la tristeza que nubló sus ojos cuando ella creyó que él se burlaba de sus confidencias, la alegría que fulguró en ellos cuando él la rogó que continuara su relato, y en los oídos de Wolski, con ecos deliciosamente musicales, resonaban aquellas frases de Gelcha que describían el reparto de juguetillos recompuestos á los niños pobres...

Cuanto ganaban en intensidad estos recuerdos perdía en fuerza é intensidad aquel interés fisiológico que el cuerpo de Gelcha despertaba en Wolski, y llegó un instante en el cual dejó de considerarla como un buen ejemplar de la raza humana digno de propagar la especie, y fijaron su atención y sus ojos, nó el mecanismo interior de aquellas formas, sino las formas mismas... Paralizòse en Wolski la facultad analítica, y en el hombre de ciencia se despertó *el hombre* apto para percibir y admirar las plásticas bellezas de aquella mujer...

Miraba su cabeza apoyada con dejadéz en la columna, su frente cuyos rizos movía la brisa del anochecer, y sus pestañas finas y negras que á cada movimiento de los párpados parecían acariciar los ojos...

En ellos había visto él aquella tarde un divino rayo de ternura... Pensó en la turbación repentina de la joven, en sus palabras, y al verla ahora inmóvil mirando con abstracción el horizonte, adivinó que pensaba en él en tal instante, y el latido de una sensación estremeció su pecho...

A la vez que halagaba sus sentidos la vista de la hermosa, sintió inti-

ma y deliciosamente halagado todo su sér con aquel pensamiento, y sin apartar la mirada de su amiga dió un paso hácia ella...

Volvió ella el rostro, irguióse rápida y al ver á Wolski se ruborizó...

Miráronse y fué aquella mirada ardiente y dulce á la vez, una revelación para ambos.

Wolski, seguro ya de que no se habia engañado, sintió mas hondamente la deliciosa sensación que estremecía su pecho á la idea de que aquella mujer pensaba en él mirando el horizonte, y sonrió á la jóven.

Esta pudo cerciorarse entonces que ni sus conversaciones inocentes ni su personalidad humilde disgustaban á aquel hombre genial que ella consideraba superior á todo en la tierra, y con la infinita dulzura del condenado que acierta á vislumbrar un rayo de luz del paraiso, también Gelcha sonrió á Henrik.

Las suaves claridades del largo crepúsculo estival de estas regiones se apagaban... Allá del lado de Occidente y á través del espeso enramado del bosque, traslucíanse los últimos rayos del sol encendidos como llamas radas, y del otro lado del horizonte la blanca luna salía del seno de albas nubecillas, prometiendo la calma de su luz á los campos... Emanaban de la tierra los embriagadores perfumes del estío, flotaban en la brisa los vagos rumores de la selva, oíanse cantares lejanos, y de tiempo en tiempo se percibía el golpe de remos de las embarcaciones que navegaban por el Volga.

En la calma de ese momento sublime de la naturaleza, Henrik y Gelcha como en éxtasis, parecían complacerse en percibir allá en lo más profundo de sus almas el vivo latir de un sentimiento nuevo...

De pronto Wolski, acercándose á Gelcha exclamó:

—¡Qué hermosa noche!

—¡Oh! si, qué hermosa noche!—repitió ella calladamente y ambos miraron al cielo y de nuevo quedáronse silenciosos...

Muiski echó de ver entonces la preocupación del médico, el cual durante la noche apenas habia pronunciado palabra, y encarándose con él le dijo jovialmente.

—Querido Doctor Wolski ¿qué ideas ó qué proyectos se agitan en esa mente que le tienen á V. tan lejos de nosotros? Descienda V. de esas alturas y proméтанos que nos hará el honor de visitarnos también...

—Con mucho gusto—contestó Henrik inclinándose cortesmente.

Por segunda vez diéronse unos y otros las buenas noches, y el Doctor al estrechar la mano que ruborosa le tendía Gelcha, dijo mirándola dulcemente en los ojos:

—Hasta mañana.

Ella subióse á su cuarto, y él salió á la plazoleta que delante de la risueña casita abríase en semicírculo en los lindes del bosque. Comenzó á pasear lentamente, las manos cruzadas atrás y la cabeza sobre el pecho. Allí solo, en la calma de la noche sintió un indecible bienestar parecido al reposo. Aquietáronse los punzadores recuerdos que en su mente batallaban con las nuevas ideas que la invadían, y entre las claridades indecisas aún que paulatinamente iluminaban todo el sér interior de aquel hombre,

borrábase la dulce imagen de otra mujer no olvidada durante cinco años...

Y sin pensar concretamente en su unión con Gelcha, Wolski se la representaba á su lado dirigiendo su soñadísimo hogar: sin que el deseo de la posesión se mezclara á su pensamiento, Wolski veía á Gelcha madre de sus hijos, de sus hijos cuidados desde antes de nacer, sanos é inteligentes, salvadores de su patria y continuadores de las doctrinas regeneradoras que eran el ideal del polaco.

É imaginándose á los hijos suyos que desde antes de que existieran eran amados con una ternura quizás por nadie sentida como por el médico, que eran deseados con un creciente y santo afán, Henrik Wolski sentía acariciado todo su sér por un suave calor como de besos infantiles, por una dulzura intensa y bienhechora que eran para él las anticipadas delicias de la paternidad...

Irguió en aquel punto la cabeza: en la ventana del cuarto de su amiga brillaba todavía una luz.. Wolski clavó los ojos en la ventana. A poco la luz extinguióse, pero él siguió sin apartar la vista de allí hasta que el amanecer despertó á los pajarillos del bosque.

SOFIA CASANOVA

Kazan (Rusia Oriental).—1893.



ONDAS MUERTAS

En la sombra, debajo de tierra,
Donde nunca llegó la mirada,
Se deslizan en curso infinito
Silenciosas corrientes de agua.
Las primeras, al fin sorprendidas
Por el hierro que rocas taladra
El inmenso penacho de espumas
Hervorosas y limpidas saltan;
Mas las otras, en densa tiniebla
Retorciéndose siempre resbalan,
Sin hallar la salida que buscan,
A perpétuo correr condenadas.

A la mar se encaminan los ríos
Y en su espejo movible de plata,
Van copiando los astros del cielo
O los pálidos tintes del alba.
Ellos tienen sendales de flores,
En su seno las ninfas se bañan,
Fecundizan los fértiles valles
Y sus ondas son de agua que canta.

En la fuente de mármoles niveos
Juguetona y traviesa es el agua,
Como niña que en regio palacio
Sus collares de perlas desgrana.
Ya cual flecha bruñida se eleva,
Ya en cubierto abanico se alza;
De diamantes salpica las hojas
O se duerme cantando en voz baja.

En el mar soberano las olas
Los peñascos abruptos asaltan;

Al moverse la tierra conmueven
Y en tumulto los cielos escalan.
Allí es vida y es fuerza invencible,
Allí es reina colérica el agua,
Como igual con los cielos combate
Y con dioses y monstruos batalla.

¡Cuán distinta la negra corriente
A perpétua prisión condenada,
La que vive debajo de tierra
Dó ni yertos cadáveres bajan!
La que nunca la luz ha sentido,
La que nunca solloza ni canta,
Esa muda que nadie conoce,
Esa ciega que tienen esclava.

Como ella, de nadie sabidas,
Como ella, de sombra cercadas,
Sois vosotras también, las obscuras,
Silenciosas corrientes de mi alma.
¡Quién jamás conoció vuestro curso?
Nadie á veros benévolo baja!
Y muy hondo, muy hondo se extienden
Vuestras olas cautivas que callan.

Y si paso os abrieran, saldríais,
Como chorro bullente de agua
Que en columna rabiosa de espuma
Sobre pinos y cedros se alza!
Pero nunca, jamás, prisioneras,
Sentiréis de la luz la mirada,
¡Seguid siempre rodando en la sombra
Silenciosas corrientes del alma!

MANUEL GUTIÉRREZ NAJERA



EL DESPERTAR DE CONSUELO

NO creo que tenga V. tan buena memoria!—me dijo la señora de Ulibarri.



Era una hermosa jamona de cuarenta años, espléndida, robusta, de blanca tez, de negros ojos, boca chiquirritina, mejillas redondas, con picaresco hoyuelo en la barba.

Mientras me hablaba se abanicaba perezosamente arrellenada en una mecedora y sonreía, enseñando al sonreír unos preciosos dientecillos, menudos y blancos.

—Tengo más memoria de la que usted cree—hube de contestarla.

—Podíamos probar!

—Si V. se decide á hacerme confesión de sus pecados!

—Siempre que no sea V. un confesor indiscreto...

—Oh! Eso nunca!

—Y que no me imponga mucha penitencia...

—Soy indulgente! Empiece V., entonces.

—Empiezo. Haga V. cuenta que entono el *Yó pecador*.

—Y que yo la bendigo.

—Nada de equívocos!

—Empiezo, púes y para que V. vea hasta que punto conozco el estado de su conciencia, seré yo, no V., quien diga sus pecados. Si me equivoco...

—Aquí está la penitente para rectificarle.

—Perfectamente.

* * *

De todos los días de su vida me bastará uno solo para recordarla su gran pecado, casi su pecado único.

Era... estilo de novela por entregas.

Era una mañana hermosa, azulada y tibia de primavera. ¿Recuerdo bien?...

—Pchs! Puede ser!—me contestó Consuelo haciendo un gracioso mohin.

—Usted acababa de salir de las Ursulinas, en donde habia aprendido á decir maquinalmente: *Bonjour mademoiselle*.

—Es verdad!

—Cuando se tienen quince años, las mujeres gustan mucho de mirarse al espejo, aún siendo feas. A las que son como V. hermosas no hay que decir si les agrada adorar su imágen en los cristales azogados.

—Le juro á V. que...

—No me jure V. nada. Sería capáz de volverme loco buscando una fórmula para desmentirla sin descortesía. Era V. entonces como una flor recién abierta. Tenía V. sus ensueños místicos, como una Santa Teresa. Cuando iba á las cuarenta horas y veía la custodia lucir con el brillo de un sol de fuego entre constalaciones de diamantes, sentía V. cosquilleos dulcísimos en el corazón y como ganas de llorar...

—Eso... sí!

—Y el humo del incienso la producía castísimo deleite. Y las notas del órgano embargaban sus oídos y veía V. como en sueños, la gloria prometida á los católicos, una especie de océano de luz esplendorosa como de vapores de oro incandescente, en donde flotaban ángeles de alas nitidas, vestidos de túnicas como tejidas por las rosas de Abril, cantando con voces de infinita ternura al Padre Eterno que V. no se atrevía á mirar de frente...

—En eso acierta V.; sí que acierta. Y veía también entornando los ojos, unos angelitos muy guapos y retozones, chiquitines que volaban de allá para acá, como mariposas. Por cierto que el Padre José me dijo que debía huir de estas visiones que tenían no se qué de paganas.

—En esta situación de ánimo, amiga mía, la sorprendió su señora madre para anunciarla con la discreción con que las madres anuncian estas cosas á sus hijas, que pensaban casarla con su primo Indalecio Ulibarri.

—Bah! Eso no tiene gracia! Eso lo sabe todo el mundo! Pero ¿y mi gran pecado?...

—A eso voy. Al día siguiente de este anuncio que la turbó á usted bastante, V. estaba sentada, como ahora en una mecedora, pero no, como ahora, en un gabinete tan lindo como éste.

Vivían ustedes en su pueblecillo de la provincia de Sevilla, en una quinta poblada de naranjales y jazmines, tomillos y olorosos árboles frutales, claveles, azucenas, madreselvas, enredaderas, parras frondosas, arroyuelos, amapolas... Las mariposas revoloteaban como sus caprichos de usted entonces, de un objeto á otro, sin dar un momento de paz á las alas ligeras. Cantaban los mirlos y los jilgueros que era un encanto oírlos. Zumbaban regocijadas las abejas. Juguetaba la brisa en los matorrales, en las altas copas, en los bosquecillos sombríos, sobre las espigas de los sembrados que balanceaba muellemente, con movimientos parecidos á las olas del mar en un día sereno...

—Siga V....

—Usted estaba vestida con una bata blanca salpicada de lazos rojos. Llevaba sujetos los hermosos cabellos por una cinta de raso blanco y tenía, entreabierto, sobre la falda un tomo de poesías de Aròlas...

—Es verdad.



—Quedóse V. como traspuesta, entornando los ojos, perezosamente después de regalarlos con la deliciosa perspectiva del paisaje. ¿Qué soñó usted? Lo ignoro. Acaso V. misma no lo recuerda; pero V. soñó algo que ofendió su pudor doncellil y casto, sin asomo de malicia alguna, porque se irguió alarmada, encendidas las mejillas, medrosa y como atónita la mirada, dejando caer al suelo el tomo de Arolas y gritó:

—Padre! Padre!

—«¿Qué es eso—le preguntó cariñosamente el autor de sus días.—Somos nosotros: este jóven es don Indalecio Ulibarri, tu futuro esposo:»

Usted vió á un hombre, de sólida contestura, vulgar continente, mirada inexpresiva, como hecha para repasar cifras y agrupar guarismos.

¿A qué hablar mas? Usted acababa de soñar con un gallardo mancebo

que era el esposo que esperaba. Indalecio, no era indudablemente, el ideal que usted había soñado...

—Pero ¿y mi pecado?—me preguntó Consuelo.

—Ese: soñar, para despertar después en brazos de ese hombre de bien, hombre de bien sin duda pero...

—No siga usted; pero—replicó Consuelo—es mi marido y soy feliz, muy feliz...

Y rompió á llorar desconsolada...

Excuso decir á ustedes que no me creí en el caso de imponer á Consuelo penitencia alguna.

¿Para qué?

En todo caso, quien la merecía, no era ella.



JOSÉ MIRALLES Y GONZÁLEZ



A UNA ROSA



Mecióse en un jardín tu noble cuna
entre olorosas y brillantes flores,
besáronte los rayos de la luna
y el agua de la límpida laguna
á tus plantas llegó cantando amores:

Dió color á tus hojas purpurinas
del espacio el soberbio diamante,
el Eterno crióte sin espinas
y el rocío sus perlas 'diamantinas
esparció en tu corola rutilante.

Las lindas mariposas absorvieron
su dulce miel tan fina y perfumada
y honor al néctar que exalante hicieron
y entre si murmurantes se dijeron
que eras la flor más rica y mas preciada.

Así vivías tu, flor hechicera,
cuando acertando á verte mi querida
te arrancó sonriente y placentera
y entre su negra y blonda cabellera
cobraste mas colores y mas vida.

Mas ¡ay! qué ya más pura, ¡mas hermosa,
de sus manos á mí viniste luego,
en mi pecho te puso cariñosa
y á poco pereciste ¡pobre rosa!
del amor al ardiente y vivo fuego.

Gerardo Alvarez
Gimenez

DON SATURNINO

—¿Sabe V. quién murió?

—¿Y quién?

—D. Saturnino.

—¿Qué D. Saturnino!

—¡Hombre! Aquel viejo tan ocurrente que asistía á las reuniones de D. Gerardo ¿no se acuerda V.?

—¡Pero de veras murió!

—Como V. lo oye.

—¡Pobre D. Saturnino!

Este ó parecido diálogo se cruzaba ayer entre dos amigos míos, cuando yo aproximándome les dije:

—Hablaban ustedes de D. Saturnino ¿verdad?

—De él hablábamos casualmente; y á propósito: ¿qué juicio le merece á V.?—me preguntaron.

Yo les respondí de la siguiente manera:

Era D. Saturnino uno de estos hombres que nada toman á pecho y cuyo bondadoso rostro, al igual del de muchas mujeres, parecía estar diciendo: «Queredme». No tenía más que un defecto, y era el de zaherir á las mujeres siempre que la ocasión se le presentaba.

Paréceme que aún lo estoy oyendo.

Cuando se decía que Fulanita era adúltera ó que Menganita estaba á punto de serlo, se repantigaba en su sillón y con énfasis y desparpajo, sin importársele ni un ápice las señoritas presentes, nos endilgaba este pequeño discurso que doy á la estampa sin omitir el más mínimo detalle.

¡Mujeres!... ¡No hay una buena! Ellas han sido y seguirán siendo las causantes de las desgracias de los hombres. Eva indujo al primer hombre á que pecase, ya se vé lo que sucedió con Lucrecia Borgia, lo que aconteció á Holofernes con Juditk y lo que pasó á Marco Antonio con Cleopatra»

Luego añadía:

«Compadezco á los desgraciados que caigan en sus garras, porque son unos seres sin entrañas.»

—Háganos V. un poquito mas de favor, D. Saturnino, solían decirle socarronamente algunas señoritas.

A lo que replicaba él.

—Bastante corto me quedo, que aún no digo lo que decir debiera.

—Díganoslo V. D. Saturnino, díganoslo V., se lo suplicamos todas.

—Pues ya que ustedes lo desean allá vá ¿A qué no saben como definió Salomon á la mujer?

—¿Y cómo?

—Pues diciendo (¡Ateme V. esos cabos!) «Que era el animal mas ruin de la sociedad y que entre todas no habia encontrado una sola buena.»

—Salomon, no sabia lo que decia.

—¡Como que no lo sabia! ¿Quién se le ha dicho á ustedes?

—A nosotras nadie, pero nos lo suponemos.

—Pues mal supuesto, porque Salomon conocía el paño y además era sabio.

—¿Es decir que los sabios no son hombres como los demás?

—Si que lo son.

—Pues entonces están sujetos á errores y en este caso Salomon (dispense que se lo digamos D. Saturnino) pero no supo lo que dijo.

—Para ustedes que no son lo que no quieren, no, pero para mi, sí.

Y por si no les bastaba, íbales ensartando en pequeñas dosis pensamientos de Moliere, Balzac, Shkeaspeare, Byron, Musset, Figaro y Heine, encaminados todos ellos á desprestigiar á la hermosa mitad del género humano.

El que mas le gustaba de todos y que pronunciaba con cierto retintin por lo que en sí tenia de sarcástico era éste de Mariano de Larra:

«¡Bienaventurado aquel á quien la mujer dice que no le quiere, porque ese al menos oye la verdad!»

Y luego este otro de Shkeapeare:

«La mujer es pérfida como la onda.»

Si algunas señoritas refutaban sus teorías diciéndole que los hombres eran peores que las mujeres y se lo demostraban con hechos, pero aunque tuviesen razon, D. Saturnino les respondia casi siempre con una de estas dos frases:

«A ustedes las hacen comulgar con ruedas de molino» ó bien «Dispensen que les diga que no ven más allá de sus narices.»

Esto al oír, algunas señoritas, muy pocas, se desconcertaban; pero otras mas impasibles le rogaban que prosiguiese en su retahíla.

—D. Saturnino prosiga V.—le decian.

—No, hijas, no, seria molestarles más de lo debido.

—Es que le escuchamos con gusto.

—Lo siento mucho pero no puedo complacerlas.

—¿Porqué?

—Porqué no quiero que nadie se chancée conmigo.

Al llegar aquí se armaba una gritería de mil demonios.

«¡Bien por D. Saturnino!» «¡Que se repita!» «¡Habrás visto el viejo impertinente!» «¡Bravo» «¡Eh!» «¡Viva D. Saturnino!»

Entonces este aturdido se levantaba y con voz y ademanes descompuestos decia á toda aquella turva mujeril.

—Si ustedes no se callan me retiro.

Y todo quedaba en silencio.

—¡Pobre D. Saturnino!—dijeron á coro mis camaradas así que hnbe terminado, y se les cubrieron los ojos de lágrimas cuando les conté que todas las señoritas que asistian á las reuniones de D. Gerardo, el opulento banquero de la Puerta del Sol, al saber la noticia del fallecimiento del pobre anciano, prorrumpieron en una sola exclamación:

«¡Pobre D. Saturnino!»

ALFONSO RODRIGUEZ ROUCO



LAS FLORES DE BODA

—Jardinero, jardinero,
jardinero de esta quinta:
¿Tienes flores? ¿Me las vendes?

—¿Para qué las quieres niña?

— Las quiero porque mañana
me caso al romper el día
y anhelo, ya que soy pobre
y no tengo galas finas,
mi falda adornar de flores
mañana al romper el día
cuando vaya con mi novio
á casarme á la capilla.

— Bien, niña, dóite las flores,
mas no te las vendo, niña,
que siendo hermosa, vendértelas
fuera solemne osadía.

Llévate nárdos, verbenas,
y rosas de Alejandria
y jazmines y claveles
y hortensias y campanillas;
que también quiero que vayas
mañana al romper el día,
cargadita de primores
y de flores cargadita
á casarte con tu novio
á la iglesia de la villa;
pues es justo que mañana,
mañana al romper el día,
tus hermanitas las flores
también á tu boda asistan...



— Gracias, jardinero, gracias;
por la flor de Alejandria;
por los nárdos y claveles
y hortensias y campanillas;
gracias, jardinero, gracias
porque me llamas bonita
y á las flores me comparas
sin notar que es injusticia...
Pero tengo de decirte,
jardinero de esta quinta,
que estas flores yo me llevo,
no dadas, si no vendidas...
que mi amante no consiente
que yo dádivas reciba,
ni menos de jardineros
engañadores de niñas,
porque se empieza por poco
y por mucho se termina;
y como es él tan celoso ..
Jardinero de es a quinta,
si me he de llevar tus flores
las he de llevar vendidas ..

—Bien, niña, ya que te empeñas,
direte su precio, niña,
pues que tu amante no quiere
que tu dádivas recibas
ni menos de jardineros
engañadores de niñas,
porque se empieza por poco
y por mucho se termina...

Mas mis flores son tan buenas,
tan preciadas y tan finas,
que sospecho que no tengas
tesoros para adquirirlas...

—¿Son tan buenas, jardinero,
las flores de aquesta quinta?

—Tan buenas son que aquí solo
yo se las vendo á las niñas
cuyos novios no se oponen
á que dádivas reciban
ni menos de jardineros
engañadores de niñas,
porque se empieza por poco
y por mucho se termina...

—Bah! dejars de rodeos...
¿Daisme las flores vendidas?

—Si—Su coste—Pues... un beso
daráme la bella niña...

—Queda con Dios, jardinero,
jardinero de esta quinta,
que tus flores ya no busco
regaladas ni vendidas,
que si vendidas ya cuestan
un beso á la bella niña,
regaladas ¡santo cielo!..
mucho más le costarian.

Bien me aconseja mi amante
que dádivas no reciba
ni menos de jardineros
engañadores de niñas,
porque se empieza por poco
y por mucho se termina...
Y el que recibe favores
á hacer favores se obliga.

—Queda con Dios jardinero,
jardinero de esta quinta,
que al ir mañana á casarme,
mañana al romper el dia,
en vez de llevar verbenas
y nardos y campanillas
y jazmines y claveles
y rosas de Alejandria,
me adornaré de virtules
que están muy bien á las niñas,
pues también son sus hermanas,
por ser las flores divinas,
que se siembran en el cielo
y en la tierra fructifican.

—Adios, adios, jardinero
jardinero de esta quinta,
que ya tus flores no ansio
regaladas ni vendidas.
No las busco, jardinero,
que tienen muchas espinas...
no las quiero jardinero
regaladas ni vendidas,
que si vendidas ya cuestan
un beso á la bella niña,
regaladas ¡santo cielo!
mucho mas le costarian.

Monako Blue



EXTRACTO DE LITERATURA

REVISTA ILUSTRADA

SE PUBLICA LOS SABADOS

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, trimestre,
2 pesetas.
" " semestre,
3.50 idem.
" " año, 7 id.
Ultramar y extranjero, semes-
tre, 7 idem.
" " año, 10 id.

PRECIOS DE VENTA

Número corriente, 15 céntimos.
Idem. atrasado, 25 idem.
A corresponsales y vendedores
12 céntimos número.

ANUNCIOS

Se admiten á precios convencio-
nales.

COMPANIA DE NAVEGACION DE VAPOR AL PACIFICO

VIAJES RAPIDOS

MAGNIFICOS Y GRANDES PAQUETES CORREOS

*Expedición mensual para Lisboa, Rio-Janeiro, Montevideo,
Buenos-Aires y el Pacífico.*

Saldrá de Villagarcia el 20 de Agosto el magnifico vapor

Orellana

Estos vapores conducen oficialmente la correspondencia. Admiten pasa-
jeros de primera, segunda y tercera clase. Estos últimos tienen excelente
servicio de mesa y litera con colchón y cobertor de lana; la comida es supe-
rior y variada siempre con vino. Asistencia méd co-quirúrgica gratuita.

De las condiciones y precios, informará en Vigo D. Manuel Bárcena y
Franco. En Villagarcia, Carril y Caldas, D. Laureano Salgado, D. Alfon-
so Rueda y D. Manuel Carús.

Compañía de las Mensajerías Marítimas

PAQUETES FRANCESES

El 30 de Setiembre de 1893, saldrá de *Marin*, con destino á Pernambuco,
Rio Janeiro y Santos el vapor

Medoc

Admite pasajeros de 3.ª clase y carga.

Para las demás condiciones y detalles dirigirse á las Agencias de la
Compañía. En Vigo D. Francisco Tapias, Arenal 128; en Coruña Sres. Arce
y Comp.ª, Real 37, y en Pontevedra y Marin D. José Riestra López.

BALSAMO DE FIERABRAS

COLECCIÓN DE VERSOS GALLEGOS Y CASTELLANOS
POR

ENRIQUE LABARTA POSE

PRECIO: 4 PESETAS

Los pedidos al autor, Feria 38—Pontevedra.